

Título: BELÉN

Autor: Jesús Morán Muñoz

Desde el gran ventanal de mi oficina veo pasar gente por las calles. Aunque todavía no han llegado las fechas navideñas, las grandes bolsas de compras ya decoran las manos de casi todos, como si se tratara de una competición silenciosa por ver quién carga con más.

También observo los edificios que rodean la torre donde trabajo, ese hormiguero vertical en el que todos nos movemos de manera mecánica. A través de sus ventanas distingo gestos tensos, sonrisas forzadas, miradas que no se sostienen. En definitiva, personas dispuestas a sacrificar lo que haga falta por subir un peldaño más.

Escenas así consiguen que mi mente abandone el piloto automático en el que está sumida cuando trabajo y, por un instante, se encuentre consigo misma. Necesito poner distancia, buscar un lugar donde respirar, y en este espacio impersonal el único refugio posible está en mi ordenador. Abro una carpeta y empiezo a visualizar antiguas fotografías del pueblo de mis padres.

Allí pasábamos las fechas más señaladas cuando yo era niño. Lo recuerdo especialmente en Navidad. No por luces deslumbrantes ni adornos excesivos, sino por su belén.

Lo instalaban cada año en el pórtico de la pequeña iglesia, cuando el día 25 se acercaba. Las figuras no me impresionaban por su valor patrimonial ni por haber sobrevivido a siglos de historia, sino por sus rostros.

Rostros anónimos, tallados con una dignidad serena, que representaban a las gentes del lugar: hombres y mujeres humildes que trabajaban de sol a sol los campos, con la única esperanza de ver amanecer un día más junto a los suyos.

Esa humildad siempre me marcó. Creo que le debo mucho, incluso haber llegado a ser quien soy. Y hablo en pasado porque, desde hace un tiempo, tengo la sensación de haberme desviado del camino. Dejé de seguir aquella estrella que conducía al portal y terminé aquí, en esta moderna Torre de Babel que, en el fondo, detesto.

Ese mismo cansancio lo reconozco también en los ojos de mi pareja. Nos conocimos en la universidad y entonces juramos que jamás acabaríamos trabajando en algo que no nos llenara. Sin embargo, el peso de las deudas y la inercia del consumo fueron erosionando aquella promesa hasta traernos a la gran ciudad, a grandes empresas donde no somos más que un número.

Muchas noches, cuando regresamos agotados a casa, intento animarla proponiéndole que nos contemos historias de infancia en nuestros pueblos. Al igual que a mí, se le ilumina el rostro cuando recuerda cómo, en Navidad, los vecinos pintaban en las fachadas palabras que deseaban para todos. Era una carta colectiva en la que no se pedían juguetes ni ropa, sino cosas más esenciales: amor, paz, prosperidad.

Ese pequeño refugio mental se rompe de pronto con el sonido estridente de un correo entrante. Es de mi jefe. Revestida de cortesía corporativa, la crítica cae con precisión quirúrgica sobre un trabajo que me costó horas de sueño y de vida compartida con mi pareja. El mensaje termina, como siempre, con una amenaza apenas disimulada.

Esta vez algo se quiebra. Me levanto, entro en su despacho y le digo, sin rodeos, que no pienso seguir aceptando ese trato. Salgo de allí con la certeza de que ya no hay vuelta atrás.

Título: BELÉN

Autor: Jesús Morán Muñoz

Llego a casa aún con el pulso acelerado. Encuentro a mi pareja sentada en el sofá, con los ojos enrojecidos. Ambos nos abrimos en canal emocionalmente y contamos todo lo que hemos pasado aquel día en nuestros trabajos, de cómo hemos dicho basta. Tras ello, nos abrazamos largo rato.

Esa noche casi no dormimos. El miedo y la incertidumbre se mezclan con una extraña sensación de alivio. A la mañana siguiente, con un futuro en blanco, decidimos dejar atrás la ciudad. Ella propone volver a su pueblo. Acepto sin dudarlo.

Vendemos lo imprescindible, llenamos el coche con lo poco que nos queda y emprendemos el viaje. Al acercarnos, algo no encaja. El cartel que anunciaba la llegada al pueblo ya no está. Solo quedan caminos donde el asfalto se confunde con la tierra, casas abandonadas y la iglesia apenas sigue en pie.

Un pastor aparece con su ganado. Nos mira sorprendido y nos pregunta qué hacemos allí. Al explicarle nuestro propósito, nos cuenta que el pueblo se fue vaciando poco a poco: primero los jóvenes, luego los mayores. Con ellos se marchó también el futuro.

El viento corta el aire mientras las lágrimas recorren el rostro de mi pareja. Sin decir palabra, vuelve al coche. La sigo. Arranca. Creo que regresamos a la ciudad, pero se detiene en el pueblo vecino.

Entra en un almacén de materiales de construcción y pide lo necesario para arreglar una casa. El vendedor pregunta dónde será la obra. Al escuchar el nombre de la localidad, sonríe incrédulo: ese lugar ya no figura en ningún sitio, le dice, es un pueblo fantasma.

Aun así, acepta enviar los materiales.

Nos instalamos como podemos en la antigua casa de sus abuelos. Está deteriorada, pero resiste. La noche es fría. Sin calefacción, solo mantas viejas y nuestros cuerpos acurrucados en la cama nos dan calor. Y, la verdad, nunca me he sentido tan vivo.

Al día siguiente llega el camión del almacén. El vendedor aparece acompañado de varios albañiles. Nos confiesa que nuestra historia los ha conmovido y que han decidido ayudarnos. El movimiento atrae a curiosos de lugares cercanos y lejanos. Algunos se quedan. Otros regresan con más gente.

El lugar empieza a transformarse, a renacer de sus cenizas. Sin darnos cuenta, el tiempo pasa y la Navidad se acerca.

Surge entonces la idea de recuperar las tradiciones de cada lugar de origen de cada uno de los que estamos allí, de rendir homenaje a quienes ya no están.

Me ofrezco para construir el belén. Nunca había tallado madera, pero aprendo. Represento a quienes hicieron posible el regreso y dejo espacios vacíos para quienes aún han de llegar.

El día de Navidad los vecinos llevamos el belén a la iglesia. Mi pareja se adelanta. Cuando llegamos, en la puerta hay una palabra escrita con tiza: **futuro**. Me toma la mano y la posa sobre su vientre. No hace falta decir nada. El aplauso colectivo ante la nueva vida nace solo.

Y así, aquel lugar durante décadas sin nombre pasó a llamarse Belén porque en él aparecieron figuras que nos volvieron a traer lo importante de la Navidad: la generosidad, la determinación, el optimismo, el futuro, y, sobre todo, la esperanza.